

La mujer cristiana en el hogar

*Mujer virtuosa, ¿quién la hallará?
Porque su estima sobrepasa largamente a la de las
piedras preciosas.*

*Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada;
Y su marido también la alaba:
Muchas mujeres hicieron el bien;
Mas tú sobrepasas a todas (Proverbios 31.10, 28–29).*

Es una mujer piadosa ocupando su lugar en el hogar, la que con tanta belleza se describe en Proverbios. Ella recibe la confianza de su marido, lo trata bien, y le ayuda a proveer para la familia. El corazón de ella está atento en ver que su esposo e hijos reciban el cuidado apropiado. En asuntos de negocios es sagaz. La compasión de ella es manifiesta para con los pobres, y ayuda a proveer para éstos. Habla con sabiduría. Por la forma como le ha mostrado su amor a los miembros de su familia, todos la admiran y hablan bien de ella. Sus propias obras la alaban (Proverbios 31.10–31). “Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme a Jehová, ésa será alabada” (Proverbios 31.30).

Una buena mujer es de gran valor en la comunidad y constituye una influencia benéfica en el hogar. “El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia de Jehová” (Proverbios 18.22). “La mujer agraciada tendrá honra” (Proverbios 11.16a). “La casa y las riquezas son herencia de los padres; mas de Jehová la mujer prudente” (Proverbios 19.14).

Las mujeres han sido la fortaleza o la caída de muchos hombres, y de muchos hogares. Esto es lo que leemos: “La mujer virtuosa es corona de su

marido; mas la mala, como carcoma en sus huesos” (Proverbios 12.4); “La mujer sabia edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba” (Proverbios 14.1).

COMO MADRE

Es inestimable la influencia de la esposa en el hogar. La vida de ella tiene una gran influencia en la familia; por lo general, de los dos padres, ella es la que más tiempo pasa con los hijos. El rumbo que los hijos tomen, a menudo refleja la vida de la madre.

Se exhorta específicamente a los padres varones en el sentido de instruir a los hijos. Esto fue lo que Pablo escribió: “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6.4). Esto puede significar que las mujeres tienden naturalmente a instruir a sus hijos, mientras que los hombres a veces descuidan ese deber. No obstante, la responsabilidad final descansa sobre los hombros del padre. Un ejemplo de esto se mira en la forma como Elí es condenado por no haber corregido a sus hijos (1 Samuel 2.29–30; 3.13–14). La promesa hecha por Dios de bendecir a Abraham, estaba relacionada con la condición de que Abraham mandara a sus hijos y a su casa a guardar el camino del Señor (Génesis 18.19).

Por supuesto que las madres tienen una importante responsabilidad en la instrucción de los hijos en el hogar. Fue María, no José, la que regañó a Jesús por quedarse rezagado en Jerusalén: “Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia?” (Lucas 2.48b). Pablo se refirió a las personas que habían

influenciado la fe de Timoteo: “trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también” (2 Timoteo 1.5). Las grandes mujeres han criado hijos distinguidos.

Los hijos están obligados a obedecer a sus padres. En el pacto que Dios hizo con Israel, él instruyó a los hijos en el sentido de honrar a sus padres y a sus madres (Éxodo 20.12; Deuteronomio 5.16). Al hijo, Salomón le dio este consejo:

Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre,
Y no desprecies la dirección de tu madre
(Proverbios 1.8; 6.20).

Oye a tu padre, a aquel que te engendró;
Y cuando tu madre envejeciere, no la menosprecies
(Proverbios 23.22).

Mucho se alegrará el padre del justo,
Y el que engendra sabio se gozará con él.
Alégrense tu padre y tu madre,
Y gócese la que te dio a luz (Proverbios 23.24–25).

El Nuevo Testamento retomó este tema. Pablo citó del antiguo pacto y les dijo a los hijos que honraran a su padre y a su madre (Efesios 6.2), lo cual hizo después de haberles instruido: “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo” (Efesios 6.1). También les dijo: “Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor” (Colosenses 3.20). Como la palabra “padres” incluye a ambos progenitores, a los hijos se les está mandando a obedecer a la madre al igual que al padre. Las madres y los padres son corresponsables de la instrucción de sus hijos. Los hijos que desobedezcan a sus madres están siendo desobedientes al mandamiento de Dios.

Pablo presentó a la depravada sociedad gentil como un mundo en el que había irrespeto y desobediencia a los padres, lo cual incluye la desobediencia a las madres. Los que tratan a sus padres de este modo son puestos en una lista entre los que cometen homicidio, entre los que odian, y son de mente depravada (Romanos 1.28–31), y también entre los que son amadores de sí mismos, implacables, aborrecedores de los buenos y traidores (2 Timoteo 3.2–4). De algunos se dice, incluso, que eran parricidas y matricidas (1 Timoteo 1.9).

Los hijos que, bajo la ley de Moisés, se mostraban rebeldes para con sus padres o para con sus madres, eran severamente castigados. En Levítico 20.9, se lee: “Todo hombre que maldijere a su padre o a su madre; de cierto morirá; a su padre o a su madre maldijo; su sangre sea sobre él” (vea Deuteronomio 22.18–21).

Las madres y las mujeres en general, deben ser

tratadas con respeto. Pablo instruyó a Timoteo en el sentido de tratar a las ancianas del mismo modo que él hubiera tratado a su madre, y a tratar a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza (1 Timoteo 5.2). Esto muestra la actitud de Pablo para con las mujeres, y la honra que se le debe dar a las madres y a todas las mujeres. Las mujeres que viven para Jesús son presentadas en el Nuevo Testamento como mujeres dignas de la más alta estima.

COMO ESPOSA

Las instrucciones que las mujeres mayores debían darles a las mujeres jóvenes, revelan el importante lugar que ocupa la esposa en el hogar:

Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte;... maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada (Tito 2.3–5).

Estas instrucciones muestran que las esposas jóvenes deben ser buenas madres en el hogar. Deben ser amadoras de sus esposos (del griego: *filandrous*) y amadoras de sus hijos (del griego: *filoteknous*). El amor que deben tenerles a sus esposos e hijos es puesto en términos de “amor” *fileo*, y no de “amor” *agape*. Puede ser que se haya escogido esta palabra con el fin de expresar el apego amistoso afectivo que la mujer debe tenerles a su esposo y a sus hijos. Naturalmente, un amor así puede ser enseñado y aprendido.

A las esposas también se les instruye en el sentido de ser *oikurus*, cuyo significado literal es “trabajadoras del hogar”, una expresión cuya única aparición en el Nuevo Testamento se da en Tito 2.5. Lo que se declara en cuanto a las mujeres —en contraste con lo declarado en cuanto a los hombres, cuya responsabilidad es mantener a su familia— es que ellas deben cuidar de la casa. Cuán restrictiva era esta instrucción, es algo que el versículo no lo dice; no obstante, la descripción que se hace de la mujer virtuosa, indica que la actividad de ella no se limitaba al ámbito del hogar (Proverbios 31.14, 16, 24). Los viajes y actividades de Priscila, según Hechos 18.18, también son indicio de que a las mujeres no se les restringía al hogar.

CONCLUSIÓN

No se peca de exceso al subrayar la importancia de la mujer cristiana en el hogar. Ella le imprime al hogar un sello, propio de una mujer, que ningún hombre podrá imprimirle. Su cuidado tierno, sus maneras comprensivas, su preocupación amorosa

y su espíritu bondadoso le añaden al hogar lo que nadie más puede dar. Los hijos la buscan para ser fortalecidos y estimulados, para recibir consejo y ayuda, y para todos aquellos pequeños detalles que muchas veces pasa por alto el hombre en el hogar. Lo más importante es que ella enseña a sus hijos a respetar a Dios, al padre de ellos, y a los que

están en autoridad. Los niños son enseñados no sólo por lo que ella dice, sino también por cada movimiento, cada estado de ánimo y cada acción de ella. A través del servicio cuidadoso a Dios, la mujer de la casa se hará digna de la alabanza de su esposo y de sus hijos, así como de Dios. ■

“El cuidado de las viudas”

Hay enseñanzas del Nuevo Testamento, las cuales muestran que los cristianos deben preocuparse por las necesidades de las mujeres, y en algunos casos por encima de las de los hombres. No se menciona el cuidado de los viudos, en cambio el de las viudas fue una preocupación de la iglesia primitiva. Esto es lo que leemos en Hechos 6.1-3:

En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria. Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: ...Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo (vea 1 Timoteo 5.3, 16; Santiago 1.27).

La mujer que merecía ser ayudada por la iglesia es descrita como una mujer de gran entrega y dedicación a Cristo. Se trata de una

mujer que “... espera en Dios, y es diligente en súplicas y oraciones noche y día” (1 Timoteo 5.5). A las viudas de mayor edad se les daba mantenimiento si cumplían con los siguientes criterios:

... la viuda no menor de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido, que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la hospitalidad; si ha lavado los pies de los santos; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra (1 Timoteo 5.9-10).

Las viudas de carácter como el descrito anteriormente, serían mujeres ejemplares, altamente respetadas en cualquier sociedad. Tales mujeres son el resultado de las enseñanzas de Jesús, las cuales no sólo elevaron la posición de la mujer en la sociedad, sino que también hicieron que las mujeres cultivaran cualidades espirituales más nobles, las cuales no podían ser efectuadas por ninguna otra enseñanza. ■

Autor : Owen Olbricht
Serie : "La mujer cristiana"
©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados